

Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2019)
Heft: 33-34

Artikel: La leyenda de las Siete Ciudades en el virreinato de Nueva España (siglo XVI)
Autor: Betti, Miguel
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-1047090>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 12.05.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

La leyenda de las Siete Ciudades en el virreinato de Nueva España (siglo XVI)

Miguel Betti

Université de Genève

Suiza

Resumen: El presente artículo analiza el modo en el que una leyenda ibérica medieval y relatos mesoamericanos del período posclásico confluyen en el virreinato de Nueva España para dar origen a la leyenda de Cibola y las Siete Ciudades. En primer lugar, se estudia la historia de la isla de Antilia y su aparición en mapamundis y portulanos medievales y renacentistas. A continuación, se introduce el mito mexicano de Chicomóztoc ('lugar de las Siete Cuevas') y se demuestra que los españoles lo conocían desde los primeros años de la Conquista. Finalmente, se observa cómo estas dos tradiciones se funden en la *Relación* (1539) de Marcos de Niza y las maravillosas Siete Ciudades dejan de estar perdidas en el océano Atlántico para localizarse en las áridas estepas del sudoeste de los Estados Unidos.

Palabras clave: Cibola, Chicomóztoc, Antilia, Siete Ciudades.

The Legend of the Seven Cities in the Viceroyalty of New Spain (16th Century)

Abstract: This paper analyses how the meeting of a medieval Iberian legend and Postclassic Mesoamerican stories gave origin to the legend of Cibola and the Seven Cities in the Viceroyalty of New Spain. First we study the history of Antilia Island and its representations in medieval and Renaissance maps and portolan charts. Then the Mexican myth of Chicomoztoc or the Seven Caves is introduced, and we demonstrate that it was well-known by the Spaniards since the first decades of the American Conquest. Finally it is the purpose of this paper to see how these two traditions merge in Marcos de Niza's *Relación* (1539) and the magnificent Seven Cities go from being lost in the Atlantic Ocean to being located in the United States' arid steppes of the Southwest.

Keywords: Cibola, Chicomoztoc, Antilia, Seven Cities.

Peer reviewed article:

Recibido: 1.4.2019

Aceptado: 4.5.2019

LOS ANTECEDENTES EUROPEOS: ANTILIA Y LAS SIETE CIUDADES

Cuenta una leyenda medieval que en el siglo VIII, huyendo de la avanzada de los musulmanes en la Península Ibérica, siete obispos portugueses se embarcaron junto a sus fieles. En alta mar, una tempestad hizo derivar sus naves hacia el Oeste, hasta una isla desconocida llamada *Antilia*, donde cada uno de ellos fundó una ciudad. Siglos más tarde, se afirmaba que ciertos navegantes españoles y portugueses se habían acercado a ella o habían desembarcado en sus costas, pero ya nadie conocía el camino.

La leyenda de la isla de Antilia o las Siete Ciudades es deudora del mito de la Atlántida¹. Platón, en el *Timeo* (20d-25d), pone en boca de un sacerdote egipcio el siguiente relato:

En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad [Atenas] detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas [...]. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme [...] Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles,

¹ La etimología del nombre *Antilia* es discutida. Por las similitudes entre las dos palabras y las dos leyendas, se cree que podría provenir del término *Atlántida* (nombre derivado de Atlas, el titán de la mitología griega). El naturalista y geógrafo alemán Alexander von Humboldt aventura otras dos hipótesis: podría tratarse de la adaptación de un nombre geográfico árabe, *Al-Tinnin* o *Al-Tin*, cuyo significado sería 'isla de las serpientes' o 'de los dragones marinos', o provenir de la unión de los vocablos portugueses *ante* e *ilha*, puesto que el nombre haría alusión a una isla situada antes, o en el lado opuesto, del Caribe (o de Portugal). G. R. Crone, por su parte, ve en el nombre *Antilia* la deformación de *Getulia*, palabra latina con la que se identificaba en la Antigüedad al noroeste africano. Cf. Humboldt, Alexander von: *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique au XVe et XVIe siècles. Tome II*. Paris: Librairie de Gide, 1836, pp. 210-214, y Crone, Gerald Roe: «The Origin of the Name Antillia», *The Geographical Journal*, XCI, 3 (marzo 1938), pp. 260-262.

la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar.²

Critias, uno de los personajes del diálogo platónico, cita como fuente de este relato a su abuelo, quien lo habría escuchado de Solón, el célebre legislador ateniense, y a quien, a su vez, se lo habrían contado ciertos sacerdotes egipcios en Saïs, una antigua ciudad del delta del Nilo³. La historia describe una isla remota llamada Atlántida, más grande que Libia (la parte occidental de África) y Asia juntas, que en tiempos prediluvianos se alzaba en medio del océano Atlántico, al otro lado de las columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar, frontera de la *ecúmene* para los helenos). La Atlántida era gobernada por una poderosa confederación de reyes, descendientes de Poseidón, que llegaron a imponer su gobierno sobre las costas continentales de Europa y de África y cuya expansión imperial fue frenada por los antiguos atenienses, nueve mil años antes del nacimiento de Solón (siglo VII antes de Cristo). Poco tiempo después, “en un día y una noche terribles”, un violento cataclismo la hundió en el mar, al igual que a los hoplitas de la Atenas arcaica.

Platón, en el *Timeo* (20d), afirma que no se trata de una fábula ficticia, sino de un “relato muy extraño, pero absolutamente verdadero”⁴. Sin embargo, resulta evidente que el filósofo desarrolla el mito de la Atlántida para proponer, en el prólogo de esta obra y sobre todo en un breve diálogo posterior, el *Critias*, un ejemplo o supuesto antecedente histórico de su ideal de un gobierno justo. Mientras que la desaparecida Atlántida funciona como paradigma arcaico de un imperio talasocrático, gobernado por una monarquía absoluta y opulenta, una Atenas originaria representa el ideal político propugnado por Platón: una ciudad-Estado con un gobierno aristocrático (del griego ἄριστος, ‘mejor’, ‘sobresaliente’, en lo que respecta al intelecto y a la virtud) donde los responsables del orden y la seguridad

² Platón: *Diálogos*, vol. VI: *Filebo*, *Timeo*, *Critias*, ed. de María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992, pp. 161-168.

³ Según Platón, existirían a su vez dos fuentes escritas de este relato: un documento egipcio (*Timeo* 24a; 27b) y las notas que Solón habría redactado en griego (*Critias* 113b). Todas estas fuentes, orales y escritas, son sin duda una ficción literaria; ciertamente el mito de la Atlántida es anterior a Platón, pero debemos al filósofo griego su desarrollo tal y como lo conocemos. Cf. Vidal-Naquet, Pierre: *L'Atlantide. Petite histoire d'un mythe platonicien*. Paris: Seuil, Points, Essais, 2007.

⁴ Platón (1992), *op. cit.*, p. 161.

viven en comunidad, ajenos a toda propiedad privada (*República* 416a; 473d, *Critias* 112a-e; 119c-e)⁵. A su vez, esta isla legendaria, de abundantes riquezas naturales y minerales, sirve al filósofo griego como ejemplo distópico de una nación degradada por la soberbia y la avidez de sus gobernantes, y por esta misma razón condenada por los dioses. En definitiva, en el *Timeo* y en el *Critias*, Platón desarrolla el mito de la guerra entre los antiguos atenienses y los atlantes a modo de alegoría política de un gobierno justo y de otro degenerado, confiriéndole una supuesta realidad histórica a los principios teóricos expuestos previamente en *La República*.

En la Antigüedad clásica y tardía, diversos autores atribuyeron al relato de Platón un posible fundamento histórico (Plinio el Viejo y Filón de Alejandría —aunque con un dejo de escepticismo—, Amiano Marcelino y Tertuliano), o incluso lo desarrollaron precisando algunos detalles (como Plutarco); sin embargo, otros tantos reconocieron el carácter mítico y alegórico de la Atlántida (principalmente los comentaristas de la escuela neoplatónica)⁶. Posteriormente, durante la Alta Edad Media, esta isla legendaria fue por lo general ignorada, cuando, paradójicamente, el *Timeo* fue el único diálogo platónico en haber resistido al exilio de la filosofía griega —la *translatio studiorum*, de Occidente a Oriente y viceversa—, luego de que Justiniano ordenara el cierre de la escuela neoplatónica de Atenas⁷.

⁵ *Ibid.*, pp. 283-284, 293-294, y *Diálogos*, vol. IV: *República*, ed. de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 1988, pp. 199-200, 282. Según Vidal-Naquet, la Atlántida podría representar tanto al Imperio persa como a la Atenas imperialista del siglo V. Así, Platón podría haberse servido de este mito para criticar el modelo monárquico del gobierno persa o a la democracia ateniense en un momento histórico de degeneración. Otros historiadores, como Enrique de Gandía, ven en la Atlántida platónica una temprana e “idealizada visión del Asia hacia el Occidente”. Cf. Vidal-Naquet (2007), *op. cit.*, pp. 40-42, y Gandía, Enrique de: *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Buenos Aires: Juan Roldán y Compañía, 1929, p. 7.

⁶ Vidal-Naquet (2007), *op. cit.*, pp. 45-62. Las obras de los autores mencionados, estudiadas por Vidal-Naquet, son las siguientes: Plinio el Viejo, *Historia natural* II (204-205), Filón de Alejandría, *De Aeternitate Mundi* (141), Amiano Marcelino, *Rerum gestarum* (XVII, 7), Tertuliano, *Contra los gentiles* (I, 5, 1), Plutarco, *Vida de Solón* (26,1; 31, 6-32-2), y Proclo, *Comentario sobre el Timeo de Platón* (76, 5-10).

⁷ Como consecuencia del cierre de la Escuela neoplatónica de Atenas, heredera de la tradición filosófica griega, en Occidente, durante la Alta Edad Media, sólo se difunden los dos primeros tratados del *Órganon* de Aristóteles (las *Categorías* y *Acerca de la interpretación* traducidos por Boecio), un fragmento del

Con la llegada de Cristóbal Colón a América, el debate renace con cierta popularidad entre los cosmógrafos e historiadores europeos y la Atlántida comienza a ser identificada con el Nuevo Mundo. Bartolomé de las Casas, por ejemplo, en su *Historia de las Indias*, cita una serie de autoridades (Plinio, Séneca, Filón, San Anselmo y Marsilio Ficino) que confirmarían las teorías del filósofo griego y que lo llevan a afirmar que “las maravillas que Platón de aquella isla dice” son en verdad un relato histórico y no una mera fábula. El fraile dominico sostiene que podría tratarse de las “Anegadas”, unas islas del Caribe “por las cuales aquel compás no se puede navegar”, y que, incluso, si la Atlántida era tan extensa como Platón creía, las Canarias podrían haber formado parte de ella⁸. Francisco López de Gómara, en el capítulo CCXX de su *Historia General de las Indias*, basándose en la similitud entre el vocablo náhuatl *atl* (‘agua’) y el nombre *Atlántida*, afirma que “no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras”. Según Gómara, la isla descrita en los diálogos platónicos es en realidad el continente americano⁹.

Al mito de la Atlántida habría que sumar otros relatos que tuvieron cierto éxito durante la Baja Edad Media y el Renacimiento. Las islas Afortunadas o de los Bienaventurados, paraíso terrestre de héroes y semidioses helenos según Hesíodo, fueron asociadas por los romanos con distintos archipiélagos del océano Atlántico y dieron por un tiempo su nombre a las Canarias. La isla de San Brendán (o San Borondón), que habría sido

Timeo de Platón (traducido por Calcidio) y algunos comentarios como la *Isagoge* de Porfirio. La filosofía griega retornará a Europa recién a partir del siglo XI, en parte gracias a la ocupación musulmana de la Península Ibérica, cuando se comienzan a traducir al latín los textos griegos que los árabes habían heredado de las escuelas de Harrán y Alejandría. Cf. Libera, Alain de: *La philosophie médiévale*. Paris: Presses Universitaires de France, 2014.

⁸ Casas, Bartolomé de: *Historia de las Indias*, ed. de André Saint-Lu. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986, pp. 49-53. No podemos saber con precisión a qué islas del Caribe se refiere Bartolomé de las Casas cuando menciona a las *Anegadas* (‘inundadas’, ‘sumergidas’). Hoy, una de las Islas Vírgenes Británicas lleva este nombre.

⁹ López de Gómara, Francisco: *Historia General de las Indias*, ed. de Jorge Gurria Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 313-314. Otros intelectuales renacentistas, como el jesuita José de Acosta, niegan que el mito de la Atlántida pueda tener algún fundamento histórico. Acosta, José de: *Historia natural y moral de las Indias*, ed. de Fermín del Pino Díaz. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, I, XXII, pp. 38-40.

descubierta por un monje irlandés en el siglo VI y que tendría la particularidad de ser una ínsula-peza que aparece y desaparece en el mar, figura en numerosos portulanos y mapamundis entre los siglos XIII y XVI¹⁰. Lo mismo sucede con la isla de Brasil, en la que confluyen tradiciones folclóricas gaélicas y la denominación dada por los comerciantes medievales a un tipo de madera tintórea que, por hallarse en abundancia en las costas brasileñas, daría su nombre al país sudamericano¹¹. Por último, las Hespérides, huerto de Hera y morada de ninfas, podían ser identificadas según Gonzalo Fernández de Oviedo con las islas del Caribe, y habrían tomado su nombre de Hespero, duodécimo “rey de España”, más de tres mil años antes de la conquista¹².

Pero volvamos a la isla de las Siete Ciudades. Hernando Colón, hijo del célebre Almirante, desarrolla la leyenda medieval al enumerar las razones que movieron a su padre a emprender su primer viaje transatlántico:

Añádese que en el año de 1484 fue a Portugal un vecino de la isla de Madera a pedir al Rey una carabela para descubrir un país que juraba lo veía todos los años, y siempre de igual manera, estando de acuerdo con otros que decían haberlo visto desde las islas Azores. Por cuyos indicios, en las cartas y mapamundis que antiguamente se hacían, ponían algunas islas en aquellos parajes, y especialmente porque Aristóteles, en el libro *De las cosas naturales maravillosas*, afirma que se decía que algunos mercaderes cartagineses habían navegado por el mar Atlántico a una isla hermosísima, como adelante diremos más copiosamente, cuya isla ponían algunos portugueses en sus cartas con nombre de *Antilla*, aunque no se conformaba en el sitio con Aristóteles, pero ninguno la colocaba más de doscientas leguas al Occidente frente a Canarias y a la isla de los Azores, y han por hecho cierto que es la isla de las Siete Ciudades, poblada por los portugueses al tiempo que los moros quitaron España al Rey D. Rodrigo, esto es, en el año 714 del nacimiento de Cristo.

¹⁰ Babcock, William Henry: *Legendary Islands of the Atlantic. A Study in Medieval Geography*. New York: American Geographical Society, 1922, pp. 34-39.

¹¹ *Ibid.*, pp. 50-54, y Gandía (1929), *op. cit.*, p. 8.

¹² Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*, ed. de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Atlas, 1959, vol. I, p. 17. Otras islas legendarias figuran habitualmente en los mapas medievales: *Royllo*, *Tanmar*, *Maida*, *Satanaxio*, etc.

Dicen que entonces se embarcaron siete obispos y con su gente y naos fueron a esta isla, donde cada uno de ellos fundó una ciudad, y a fin de que los suyos no pensaran más en la vuelta a España, quemaron las naves, las jarcias y todas las otras cosas necesarias para navegar. Razonando algunos portugueses acerca de dicha isla, hubo quien afirmó que habían ido a ella muchos portugueses que luego no supieron volver [...]. Dícese que mientras en dicha isla estaban los marineros en la iglesia, los grumetes de la nave cogieron arena para el fogón, y hallaron que la tercera parte era oro fino.¹³

En la versión de Hernando Colón se relata la llegada de siete obispos portugueses a la isla de Antilia¹⁴, se aventura una fecha, 714 después de Cristo —es decir, durante los primeros años de la conquista musulmana de la Península Ibérica—, y se determina su posible ubicación, menos de “doscientas leguas al Occidente frente a Canarias y a la isla de los Azores”. Las fuentes históricas que cita el hijo del Almirante son naturalmente problemáticas: un testigo de vista, “vecino de la isla de Madera”, que habría viajado a Portugal en 1484 (y del que ninguna otra información tenemos), y un tratado apócrifo de Aristóteles, *De las cosas naturales maravillosas*, en el que se menciona una isla descubierta por los cartagineses más allá de las columnas de Hércules. Sin embargo, el autor no miente al afirmar que la isla de Antilia solía ser representada en la cartografía medieval¹⁵. El portulano de Zuanne Pizzigano (1424) es el mapa más antiguo que conservamos en el que se utiliza el nombre *Antilia* para

¹³ Colón, Hernando: *Historia del Almirante*. Madrid: Historia 16, 1985, pp. 73-74. La leyenda es retomada por Antonio de Herrera en Herrera y Tordesillas, Antonio de: *Historia General de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano*. Madrid: Imprenta Real de Nicolás Rodríguez Franco, 1726-1730, Déc. I, libro I, cap. II, p. 4.

¹⁴ El número siete tiene un alto valor simbólico. Como señala Carlos García Gual: “No es un número con significación religiosa, pero, siendo el número primo más alto en la decena, resulta muy apropiado para formar un pequeño grupo, discreto y variado, suficiente para un *collegium* de doctos, para un simposio divertido o para una banda de salteadores”. Siete eran los célebres sabios griegos, fundadores legendarios del orden social heleno, de los cuales podemos encontrar equivalentes en la literatura sumeria, hindú, china y persa. Hacia el siglo XII, aparece una versión latina de una colección de cuentos de tradición oriental, el *Sendebär*, conocida bajo el nombre de *Liber de septem sapientibus*, que tendrá una gran difusión en el Occidente latino. Cf. García Gual, Carlos: *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid: Alianza, 1989, p. 17.

¹⁵ Cf. Babcock (1922), *op. cit.*, pp. 144-163.

designar a una isla en medio del océano Atlántico, al oeste de Portugal, con una forma rectangular bastante peculiar que se repite en diversas representaciones posteriores¹⁶. En efecto, adopta la misma ubicación y la misma forma en los portulanos de Battista Beccario (1435), Bartolomeo Pareto (1455), Francesco Roselli (1468), Grazioso Benincasa (1482) y Albino de Canepa (1489), y en el mapamundi de Andrea Bianco (1436)¹⁷. En estas representaciones, la isla de Antilia tiene el tamaño aproximado de Portugal, es tres veces más larga que ancha y presenta siete bahías, cuatro en la costa oriental y tres en la occidental; en algunas de ellas aparecen incluso siete nombres de ciudades, producto de la fantasía de sus autores. Cabe mencionar que Martín de Behaim, en su *Erdbapfel* de 1492 (donde naturalmente todavía no figura el continente americano), sitúa la isla de Antilia en la latitud 24° N, entre Cipango (Japón) y las islas Canarias, justo debajo del trópico de Cáncer. A su lado, una leyenda redactada en un dialecto alemán de la época precisa:

En el año 734 después de Cristo, cuando toda España había sido ganada por los infieles de África, esta isla de Antilia llamada 'Siete Ciudades' estaba habitada por un arzobispo de Oporto de Portugal y seis otros obispos y otros cristianos, hombres y mujeres, que habían huido de España en barco junto a su ganado y sus bienes. En 1414, un barco español se acercó sin peligro.¹⁸

La llegada de Cristóbal Colón a América y el posterior proceso de exploración y conquista del continente no hicieron desaparecer esta isla legendaria de la cartografía renacentista. En el planisferio de Johann Ruysch (1507-1508), la "Antilia Insula" es representada entre las latitudes 37° y 40° N, al oeste de las Azores y al noroeste de América del Sur (que conforma

¹⁶ En el portulano de los hermanos venecianos Pizzigani (1367), posiblemente antepasados de Zuanno Pizzigano, aparece una leyenda en el océano Atlántico en la cual algunos historiadores leen el nombre "Atilliae" o "Atulliae", que podría hacer referencia a la isla de Antilia. G. R. Crone, como hemos visto (cf. nota 1), propone *Getuliae*.

¹⁷ Una isla con la misma forma y en la misma ubicación figura en el polémico "mapa de Vinlandia" (c. 1440) —donde aparece la primera representación cartográfica de América, de no tratarse de una falsificación—, pero identificada con San Brandán.

¹⁸ Ravenstein, Ernest George: *Martin Behaim, his Life and his Globe*. London: George Philip and Son, 1908, p. 77.

un continente independiente llamado “Terra Sancta Crucis” o “Mundus Novus”). Una leyenda escrita en latín precisa:

Esta isla de Antilia fue descubierta alguna vez por los portugueses, pero ahora cuando se la busca no se la encuentra. En ella se hallan pueblos que hablan la lengua española y que, en tiempos del rey Roderico, último que reinó en España en tiempos de los godos, habían huido a esta isla frente a los bárbaros que entonces habían invadido España. Aquí hay un arzobispo con otros seis obispos y tienen cada uno de ellos su propia ciudad. Por eso es llamada por muchos “Isla de las Siete Ciudades”. Aquí el pueblo vive muy cristianamente y colmado de todas las riquezas de este siglo.¹⁹

Seguiremos encontrando testimonios cartográficos de las Siete Ciudades bien entrado el siglo XVI, como en los célebres mapamundis de Abraham Ortelius (1570) y de Gerardus Mercator (1587), donde con el nombre de “sept cites” esta isla aparece en medio del océano Atlántico, sobre el trópico de Cáncer.

Pero la Antilia no es mencionada exclusivamente en mapamundis y portulanos. Al astrónomo italiano Paolo del Pozzo Toscanelli, supuesto autor de una carta fechada el 24 de junio de 1474 y de un mapa en los que se pretende demostrar la posibilidad de alcanzar las Indias navegando hacia el Oeste —de los cuales Cristóbal Colón habría tenido una copia en su poder al emprender su primer viaje, según afirma su hijo—, se le atribuye la siguiente descripción: “[...] e de la isla de Antilla, que vosotros llamáis de Siete Ciudades, de la cual tenemos noticia, hasta la nobilísima isla de Cipango, hay 10 espacios, que son dos mil y quinientas millas, es a saber doscientas y veinte y cinco leguas”²⁰. También Bartolomé de las Casas precisa que

en las cartas de marear que los tiempos pasados se hacían, se pintaban algunas islas por aquellas mares y comarcas, especialmente la isla que decían de Antilla, y poníanla poco más de 200 leguas al Poniente de las islas de Canaria y las Azores. Ésta estimaban los portugueses, y hoy

¹⁹ La traducción de la leyenda latina es del autor del presente artículo. Una reproducción digital del mapa, con muy buena resolución, puede encontrarse en: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/47/Ruysch_map.jpg (consultado 28-IV-2019).

²⁰ Colón (1985), *op. cit.*, p. 69.

no dejan de tener opinión que sea la isla de las Siete Ciudades, cuya fama y apetito aun han llegado hasta nos [...].²¹

Durante el siglo XV, principalmente en la Península Ibérica, se organizaron diversas expediciones para partir en búsqueda de la isla de las Siete Ciudades. Pero cabe señalar que no sólo los portugueses y los españoles se interesaron por esta isla: Pedro de Ayala, embajador español en Londres, señala en una carta a los Reyes Católicos del 25 de julio de 1498 que en aquel tiempo los habitantes de Bristol equipaban cada año entre dos y cuatro carabelas para ir en busca de “la isla de Brasil y las Siete Ciudades”²².

La elección del nombre *Antillas* por parte de los historiadores y cartógrafos europeos para referirse a las islas del Caribe es una prueba más de la pervivencia de esta leyenda en el siglo XVI y de su influencia durante la Conquista. Juan Gil cita un documento notarial, fechado el 2 de septiembre de 1493, en el cual el escribano Luis García de Celada escribe al margen la siguiente apostilla, hoy cercenada: “[En es]te día partieron veinte / [e çin]co velas de Armada / [que el Re]y, nuestro señor, fizo para [ir] / a las Yndas / [de la] Antilla” (haciendo alusión al segundo viaje de Cristóbal Colón, aunque la fecha mencionada y el número de naves no sean exactos)²³. Pedro Mártir de Anglería, en un texto dedicado al cardenal Ascanio Sforza y fechado el 13 de noviembre de 1493 (pero probablemente modificado algunos meses más tarde), identifica a las islas del Caribe con la legendaria Antilia y es probablemente el primero en utilizar la palabra en plural para designarlas: “islas Antillas” (*Antilliae insulae*)²⁴. En el planisferio llamado de Cantino (c. 1502) y en el de Caverio o Canerio (c. 1504-1505) se utiliza la expresión “Has Antilhas del Rey de Castella” para designar a La Española y La Isabela (Cuba), mientras que en uno de los globos de Johannes Schöner (1520) podemos leer: “Insule canibalar sive Anti-

²¹ Casas (1986), *op. cit.*, p. 70.

²² Gandía (1929), *op. cit.*, p. 14.

²³ Gil, Juan: *Mitos y utopías del descubrimiento: I. Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 81. Otros documentos posteriores citados por este autor, fechados entre 1497 y 1520 y conservados en el Archivo de Protocolos de Sevilla, corroboran la utilización de la expresión “islas de Antilla” o simplemente “Antilla” para referirse a las islas del Caribe en las primeras décadas del siglo XVI.

²⁴ Anglería, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*, ed. de Ramón Alba. Madrid: Polifemo, 1989, Déc. I, libro I, cap. I., p. 11.

glie” sobre las Antillas Menores. Encontraremos denominaciones similares en textos de mercaderes y cartógrafos italianos de principios del siglo XVI²⁵. Por último, cabe señalar que en un llamativo mapamundi anónimo y datado aproximadamente en 1508, que se conserva en el Museo Británico (*Egerton*, ms. 2803), sobre una inmensa extensión territorial que se corresponde con América del Norte —y cuya representación se asemeja notablemente a la del mapa de Juan de la Cosa (1500)— podemos leer las palabras “Septem Civitates” y, a lo largo de la costa, los supuestos nombres de las siete ciudades; el término “Antiglia”, por su parte, se utiliza por primera vez para denominar a los territorios septentrionales de Sudamérica²⁶.

LOS ANTECEDENTES AMERICANOS: CHICOMÓZTOC O EL LUGAR DE LAS SIETE CUEVAS

Sin lugar a dudas, la leyenda de Antilia y las Siete Ciudades forma parte de una tradición medieval europea. Sin embargo, existen ciertos relatos americanos prehispánicos que en el siglo XVI contribuyeron al renacimiento de esta leyenda en el virreinato de Nueva España. En su *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional* (1684), Antonio de Solís afirma que durante una entrevista con Hernán Cortés, Moctezuma II, emperador (*huey tlatoani*) de la Triple Alianza, le habría mencionado las “Siete Cuevas de los Navatlácas [sic]” (*nahuatlacas*: ‘gente que habla náhuatl’), de donde habrían partido las “siete naciones” que poblaron el valle de Anáhuac²⁷. Este diálogo es ciertamente una invención de Solís o de algún cronista anterior, pero se apoya en relatos de la tradición mesoamericana.

La ciudad de México no tenía 200 años cuando Hernán Cortés desembarcó en el continente americano. Los mexicas eran en su origen un pueblo chichimeca (del náhuatl *chichi*, ‘perro’, y *mecatl*, ‘cuerda’ o ‘linaje’: “pueblo del linaje de los perros”), es decir, nómade y oriundo de las áridas estepas del norte mexicano, que tras una larga peregrinación y varios intentos fallidos de sedentarización se instalaron en los cañaverales y las ciéna-

²⁵ Babcock (1922), *op. cit.*, p. 146, y Gil, Juan (1992), *op. cit.*, p. 83.

²⁶ Babcock (1922), *op. cit.*, p. 74.

²⁷ Solís, Antonio de: *Historia de la conquista de Méjico, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*. Madrid: Imprenta de Blas Román, 1776, libro III, capítulo XI, p. 211.

gas del lago de Texcoco²⁸. Allí fundaron una ciudad, México-Tenochtitlán, que alcanzó a tener alrededor de 200 000 habitantes antes de la llegada de los españoles —mayor que cualquiera de las ciudades europeas de su época—, y trabaron una serie de alianzas que los llevaron a consolidar el imperio más poderoso de Mesoamérica.

La historia de los mexicas, como la de tantos otros pueblos, es la historia de una migración. Su largo viaje es comparado por algunos cronistas españoles y mestizos con el éxodo de los judíos: Huitzilopochtli ('colibrí de la izquierda') —dios tribal del sol y de la guerra—, los habría convencido de abandonar su tierra bajo la promesa de hacerlos señores de todas las provincias del valle de Anáhuac²⁹. Los relatos tradicionales de esta peregrinación suelen fundir fantasía y realidad, pero las fuentes que tenemos a disposición, en su gran mayoría poshispánicas (crónicas coloniales, textos redactados en lengua náhuatl a partir del alfabeto latino o sus transcripciones castellanas, pinturas figurativas y manuscritos pictográficos) prueban que los mexicas afirmaban ser originarios de una isla lejana llamada *Aztlán*, topónimo cuya etimología desconocemos y que podría significar tanto "lugar de las garzas" como "tierra de la blancura"³⁰. Los *aztecas* no son otra cosa que la "gente de Aztlán", antes de convertirse en *mexicas*: "gente de México"³¹.

²⁸ Cf. Duverger, Christophe: *L'origine des Aztèques*. Paris: Seuil, Points, Histoire, 2003.

²⁹ Huitzilopochtli figura como instigador, jefe y guía del exilio en varias de las crónicas que narran el origen de los mexicanos. Cf. Durán, Diego: *Historia de las Indias de Nueva España y Tierra Firme*, ed. de José Fernando Ramírez. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1867, caps. III y XXVII; Castillo, Cristóbal del: *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la conquista*, ed. de Federico Navarrete Linares. México: Conaculta, 2001, p. 95, o Chimalpáhin, Domingo: *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, ed. de Rafael Tena. México: Conaculta, 2003, p. 83.

³⁰ Durán (1867), *op. cit.*, p. 19, y Chimalpáhin (2003), *op. cit.*, p. 65: "El dicho Teocolhuacan Aztlan donde se establecieron los antiguos era una isla, pues esa tierra estaba rodeada de agua por todas partes".

³¹ Como bien señala Duverger, Cristóbal del Castillo es extremadamente preciso al explicar que el pueblo *Mexica Tenocha*, instalado en la ciudad de México Tenochtitlán, se llamaba *Azteca Chicomoztoca* cuando era nómada y marchaba desde Chicomóztoc hacia su destino final. Castillo (2001), *op. cit.*, p. 87. Cf. Duverger (2013), *op. cit.*, para un interesante análisis de la creación del mito de la ciudad arquetípica de Aztlán como reflejo o doble de la ciudad de México, "pasado compuesto" con fines políticos, ideológicos y propagandísticos desde tiempos prehispánicos.

La mayoría de las crónicas sitúan a Aztlán hacia el norte o el noroeste de la capital del imperio de la Triple Alianza. Algunas, incluso, la asocian con “el reino de Nuevo México”³². En cuanto a la fecha de inicio del exilio de los aztecas, no hay acuerdo en los diversos testimonios que tenemos a disposición. Tezozómoc afirma que los aztecas habrían permanecido en Aztlán “durante mil y catorce años”, antes de emprender su larga marcha “en el año uno-pedernal” (*técpatl*), “cuando hacía ya mil y setenta y cuatro años que había nacido el precioso hijo del verdadero Dios, Jesucristo”³³. Chimalpáhin comparte las mismas fechas, mientras que los códigos *Mexicanus* y *Azcatitlan* proponen el año 1-técpatl, pero dos ciclos o 104 años más tarde (*huehuetiliztli*, “una ancianidad”), es decir, en 1168³⁴.

Ahora bien, según cuentan Diego Durán, Cristobal del Castillo y Fernando Alvarado Tezozómoc, la isla de Aztlán era también llamada Chicomóztoc (de *chicome*, ‘siete’, y *oztotl* ‘cuevas’: “lugar de las siete cuevas”), porque albergaba en su corazón siete grutas, fuentes de agua y vida en medio del desierto³⁵. En otros documentos, como las *Ocho relaciones* de Domingo Chimalpáhin, la *Monarquía indiana* de Tomás de Torquemada o los códigos *Ramírez*, *Mexicanus*, *Azcatitlan* y *Boturini*, Chicomóztoc no representa la cuna del pueblo azteca sino una escala en su largo camino de Aztlán a México³⁶. En cualquier caso, lo cierto es que desde tiempos prehispánicos se creía que en estas Siete Cuevas se habían formado, o por ellas habían pasado, las siete tribus nahuatlacas o nahuas que, una a una, por oleadas, habían poblado progresivamente el valle de Anáhuac. La última nación en abandonar Chicomóztoc, y por ende en instalarse en las orillas del lago de Texcoco, habría sido el pueblo mexicana³⁷.

³² Por ejemplo, el *Código Tovar* y la *Crónica Mexicáyotl* de Fernando Alvarado Tezozómoc. Este último identifica a la isla de Aztlán con Nuevo México, aunque la ubica previamente “hacia el poniente”. Tezozómoc, Fernando Alvarado: *Crónica mexicáyotl*, ed. de Adrián León México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, pp. 11, 15 y 25.

³³ *Ibid.*, p. 14.

³⁴ Chimalpáhin (2003), *op. cit.*, p. 83. La elección de la fecha no es histórica, ni azarosa, sino simbólica: en la cosmografía mexicana, el *técpatl* representa al Norte. Duverger (2003), *op. cit.*, p. 148.

³⁵ Tezozómoc (1998), *op. cit.*, p. 14.

³⁶ Cf. Duverger (2003), *op. cit.*, p. 187.

³⁷ Diego Durán nos da la supuesta lista de estas siete naciones: los *xuchimilcas*, los *chalcas*, los *tepanecas*, los *culhuas*, los *tlalhuicas*, los *tlaxcaltecas* y los *mexicas*. Durán (1867), *op. cit.*, capítulo XXVII, p. 222.

De acuerdo a lo que narran las crónicas y lo que muestran las pinturas, Chicomóztoc o el ‘lugar de las Siete Cuevas’ estaba emparentado con las áridas estepas del norte de México y el sudoeste de los Estados Unidos y, por ende, era un símbolo del pasado chichimeca de los mexicas. En Mesoamérica, antes y después de la llegada de los españoles, se denominaba con el término *chichimeca* a una serie de comunidades indígenas de etnias diversas, que reunían las siguientes características comunes: compartían un inmenso espacio geográfico —la Mesa del Norte mexicana, entre la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental—, eran nómades o semi-nómades, se desplazaban en grupos relativamente reducidos y vivían principalmente de la caza y de la recolección, con un grado de desarrollo cultural y tecnológico cercano al del paleolítico³⁸. No obstante, es importante señalar que la distinción entre “barbarie” y “civilización”, que de manera simplista podría aplicarse a la cultura chichimeca frente a la cultura mexicana, no tenía para los mexicas la misma impronta peyorativa que en las historias y crónicas europeas o criollas: para los nahuas del valle de México, el mundo de los chichimecas no representaba solamente una alteridad “salvaje”, la de los pueblos nómades del norte, sino también una identidad remota, la de su propio origen³⁹.

El modo de vida de los chichimecas respondía en definitiva a las exigencias de una geografía hostil. Diego Durán pone en boca de Cuauhcoatl, sacerdote e “historiador real” de Moctezuma I, una descripción de Chicomóztoc que se acerca al tópico occidental del *locus amoenus*: un lugar con gran variedad de fauna y flora, en el que los aztecas gozaban del canto de los pájaros y de la abundancia de la tierra; sin embargo, al salir de aquel paraíso terrenal, el sacerdote mexicano afirma que sus antepasados debieron enfrentarse a un entorno difícil:

las yeruas mordían, las piedras picauan, los campos estauan llenos de abrojos y de espinas [...]. Todo lo hallaron lleno de víboras y culebras y de sauandijas ponçoñosas y de leones y tigres y otros animales que les eran perjudiciales y dañosos.⁴⁰

³⁸ Duverger (2013), *op. cit.*, pp. 190-207.

³⁹ Gruzinski, Serge: *La machine à remonter le temps. Quand l'Europe s'est mise à écrire l'histoire du monde*. Paris: Fayard, 2017, pp. 143-146.

⁴⁰ Durán (1867), *op. cit.*, capítulo XXVII, p. 220.

Fernando Alvarado Tezozómoc, por su parte, describe directamente a las Siete Cuevas como una tierra de peligros: “era aquél un lugar espantoso, puesto que allí predominaban las innumerables fieras ahí establecidas: osos, tigres, pumas, serpientes; y está repleto de espinos, de magueyes dulces, de pastales”⁴¹; y Chimalpáhin lo confirma: “también es muy espantoso el dicho Chicomóztoc porque allá hay y viven incontables fieras, como lobos, ocelotes, pumas, víboras y serpientes, y muchas otras fieras desconocidas”⁴².

Sabemos que desde la entrada de Hernán Cortés en Tenochtitlán, si confiamos en los dudosos testimonios de Antonio de Solís, o en todo caso durante las primeras décadas de la Conquista, como lo prueban los diversos documentos históricos recogidos, transcritos o traducidos, el relato de las Siete Cuevas llegó a oídos de los españoles. Chicomóztoc era una tierra pobre, árida y hostil, pero conservaba para los mexicas un fuerte valor simbólico: las Siete Cuevas representaban un origen remoto, un pasado que permitía explicar y justificar el orden presente, al mismo tiempo que la partida de la mítica Aztlán marcaba el comienzo de su propia historia. Con la llegada de los españoles, este relato se fundirá con la leyenda medieval de las Siete Ciudades y despertará la esperanza de encontrar un nuevo gran imperio americano más allá de los límites septentrionales del virreinato.

LA LEYENDA COLONIAL: CÍBOLA Y LAS SIETE CIUDADES

La historia es conocida. El 23 de julio de 1536, el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza y Pacheco, y el marqués del Valle de Oaxaca, Hernán Cortés, reciben en la ciudad de México a cuatro sobrevivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida⁴³. Se trata de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, tesorero y alguacil mayor, de los capitanes Alon-

⁴¹ Tezozómoc (1998), *op. cit.*, p. 17.

⁴² Chimalpáhin (2003), *op. cit.*, p. 91.

⁴³ La expedición comandada por Pánfilo de Narváez partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527, con el objetivo de “conquistar y gobernar las provincias que se extienden desde el Río de las Palmas hasta el cabo de La Florida” (es decir, las costas septentrionales del Golfo de México, más allá de la provincia de Pánuco). La armada del flamante adelantado y gobernador de La Florida constaba originalmente de cinco navíos y 600 hombres, pero más de 140 desertaron en La Española. Cf. Cabeza de Vaca, Álvar Núñez: *Naufragios*, ed. de Eloísa Gómez-Lucena y Rubén Caba. Madrid: Cátedra, 2018.

so del Castillo Maldonado y Andrés Dorantes, y de Esteban de Dorantes, más conocido como Estebanico, un esclavo ladino del norte de África del que volveremos a hablar más adelante⁴⁴. En una verdadera odisea de nueve años, habían sobrevivido al naufragio, a la guerra, al hambre y al cautiverio, y habían atravesado a pie, de Este a Oeste, los actuales Estados de Texas (U.S.A.), Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua (México), para descender hacia el suroeste en Sonora y llegar finalmente al reino de Nueva Galicia⁴⁵.

Algunas semanas más tarde, en la capital del virreinato, estos cuatro hombres son recibidos con pompa y algarabía y sus relatos despiertan el interés por la *Tierra Nueva* (una inmensa extensión territorial de límites difusos, que se corresponde hoy en día con el noroeste de México y el sudoeste de los Estados Unidos). Si bien en los testimonios acerca de su viaje, como los célebres *Naufragios* de Álgvar Núñez Cabeza de Vaca, no abundan las referencias al oro, la plata o las piedras preciosas, queda claro que las autoridades de la Corona se ven atraídas de inmediato por esta región, o al menos así parece probarlo la carta que el virrey de Nueva España escribe a Isabel de Portugal el 11 de febrero de 1537⁴⁶. En esta misiva, Antonio de Mendoza

⁴⁴ *Ibid.*, p. 222: "Negro alárabe, natural de Azamor" (Azemmour, en Marruecos, 70 km al suroeste de Casablanca).

⁴⁵ Mucho se ha debatido sobre el posible itinerario de Álgvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros en América del Norte. En el presente artículo, seguimos en sus líneas generales el itinerario y la cronología propuestos por Eloísa Gómez-Lucena y Rubén Caba en su reciente edición de los *Naufragios*. Cf. *ibid.*, pp. 13-20.

⁴⁶ La primera edición de los *Naufragios*, dirigida a la Real Audiencia de Santo Domingo y al Consejo de Indias, fue publicada en 1542, en Zamora, bajo el título: *La relación que dio Aluar nuñez cabeça de vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde yua por Gobernador Pamphilo de narbaez desde el año de veynte y siete hasta el año de treynta y seys que boluio a Sevilla con tres de su compañía*. Una segunda edición, titulada: *La relación y comentarios del governador Alvar nuñez cabeça de vaca, de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias*, fue publicada en 1555, en Valladolid, seguida de otro texto del mismo autor, sus *Comentarios*. Pero existen dos crónicas anteriores: una relación "oficial", redactada en Nueva España tras la llegada de los cuatro sobrevivientes a México, conservada en el Archivo de Indias y publicada en la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía* (vol. XIV, pp. 265-279), y un testimonio conocido como "Relación conjunta", enviado a la Audiencia de Santo Domingo desde Cuba por Cabeza de Vaca y reproducido libremente por Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (XXXV). Las fuentes inmediatas del virrey Antonio de Mendoza son la primera relación que Cabeza de Vaca y sus compañeros ha-

informa a la emperatriz sobre la inminente llegada a la Península de dos de los sobrevivientes de la armada de Pánfilo de Narváez, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Andrés Dorantes, con el objetivo de hacerle al emperador una descripción detallada y en persona de su larga travesía. El virrey afirma haber recibido una copia escrita de esta relación (que también le envía) y le suplica recompensarlos y ofrecerles “toda la merced que hubiere lugar”, puesto que esto animaría otros a partir hacia la Tierra Nueva⁴⁷. Posteriormente, en una larga carta dirigida a Carlos V y fechada el 10 de diciembre de 1537, Mendoza declara haberle comprado a Andrés Dorantes “un negro que vino de allá y se halló con ellos en todo, que se llama Esteban”, para que sirviera de guía en caso de que el emperador decidiera enviar una expedición a dicha región⁴⁸.

Ahora bien, ¿cuál era el interés que Antonio de Mendoza podía tener en esta interminable estepa semi-desértica? Los testimonios que Cabeza de Vaca vuelca en sus *Naufragios* no son muy alentadores: “desde allí hacia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrosa y pobre, donde pasamos grande e increíble hambre”; en lo que respecta a sus habitantes, se precisa: “los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinación y costumbres”, y “ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que puede haber provecho de ello”⁴⁹. El hambre y la miseria son una constante en el relato de Cabeza de Vaca, tanto para los cristianos que están de paso como para los pueblos autóctonos. A su vez, las referencias a metales o piedras preciosas son pocas, vagas, y no se trata nunca de un producto del territorio explorado: en los *Naufragios* se mencionan ciertas perlas y corales provenientes del Mar del Sur, que su autor habría recibido

brían dado en México y las entrevistas personales que debió de tener con ellos durante el periodo que residieron en dicha ciudad.

⁴⁷ Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias, ed. de Joaquín F. Pacheco y Francisco de Cárdenas. Madrid: Imprenta de José María Pérez, 1870, tomo XIV, pp. 235-236.

⁴⁸ *Ibid.*, tomo II, p. 206. Finalmente, Andrés de Dorantes no viajó a España a causa de un problema en su embarcación y en Veracruz recibió una carta de Antonio de Mendoza, rogándole “volver a esta tierra [la Tierra Nueva] con algunos religiosos y gente de caballo”, para “saber de cierto lo que en ella había”. Dorantes habría aceptado la propuesta, pero por algún motivo la expedición nunca se llevó a cabo.

⁴⁹ Cabeza de Vaca (2018), *op. cit.*, p. 188.

como regalo de una de las comunidades indígenas, y ciertos adornos de cobre, muchas turquesas y algunas esmeraldas provenientes de unas “sierras muy altas” que se encontrarían hacia el Norte, donde a su vez habría “grandes muestras de oro” y villas muy pobladas⁵⁰.

Nada sabemos de las entrevistas que los cuatro sobrevivientes debieron de tener con Antonio de Mendoza en la ciudad de México. Sin embargo, queda claro que, si sus testimonios coinciden con las relaciones que se han conservado, en los que la geografía de la Tierra Nueva se muestra como un medio hostil y los indígenas que la habitan viven sumidos en la miseria, el virrey sólo podía interesarse por los supuestos relatos que hablaban de grandes poblaciones septentrionales en las que habría oro y piedras preciosas en abundancia. En cualquier caso, lo cierto es que no esperará una respuesta oficial de parte de la emperatriz o del emperador. En 1538, Antonio de Mendoza envía una serie de instrucciones a un fraile franciscano para llevar a cabo una expedición a la Tierra Nueva. Su nombre es Marcos de Niza, y pasará a la posteridad como el creador de la versión norteamericana de la leyenda de las Siete Ciudades.

En las instrucciones que el virrey envía al fraile francés, se le ordena partir hacia la villa de San Miguel de Culiacán y, si logra “pasar adelantre y entrar por la tierra adentro”, llevar consigo en calidad de guías a Esteban de Dorantes y a seis indígenas que habían acompañado a los cuatro sobrevivientes en su camino de regreso⁵¹. Se le ruega informarse allí sobre la situación política de las distintas comunidades indígenas, observar y recoger testimonios acerca de la demografía, la calidad de la tierra, el clima, la fauna, la flora, la geografía, la hidrografía y los metales de la región. Finalmente, se le encarga averiguar si hay noticias del Mar del Norte (océano Atlántico) y del Mar del Sur (océano Pacífico), o si la tierra se estrecha en algún momento⁵².

Marcos de Niza firma el documento en Tonalá (misión franciscana situada cerca de Guadalajara) el 20 de noviembre de

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 181-182.

⁵¹ Las instrucciones del virrey y la relación de Marcos de Niza han sido conservadas en un mismo documento, firmado por el fraile francés. Seguimos la siguiente edición: Niza, Marcos de: *Relación*, ed. de Jerry R. Craddock. Berkeley: UC Berkeley, Research Center for Romance Studies, 2013.

⁵² Es importante recordar que en aquellos tiempos todavía se buscaba el ansiado “estrecho de Anián”, equivalente septentrional del estrecho de Magallanes, que permitiría a los europeos llegar a las “Islas de la Especiería” navegando hacia el Oeste y sin tener que circunvalar el subcontinente sudamericano.

1538 y parte enseguida hacia la villa de San Miguel de Culiacán. Algunos meses más tarde, tras abandonar los límites septentrionales del territorio controlado por los españoles y atravesar un despoblado de cuatro días, llega a una región donde los locales se asombran de su presencia, puesto que nunca antes habían visto un cristiano. En este pueblo, el fraile francés recoge por primera vez el testimonio de una tierra hacia el Norte en la que habrían “muchas y m[u]y grandes poblaciones en que ay gente vestida de algodón”, vajillas y adornos de oro⁵³.

Tres jornadas dice haber andado Marcos de Niza en las tierras de esta comunidad hasta llegar a un pueblo que llama Vacapa, a cuarenta leguas de la costa del golfo de California, donde decide permanecer hasta Pascua. Desde allí envía a Estebanico unas cincuenta o sesenta leguas hacia el Norte, para obtener noticias de aquellas grandes poblaciones que describían los locales. Cuatro días más tarde, algunos de los indígenas que habían acompañado al africano regresan cargando una cruz muy grande, señal convenida del hallazgo de una gran ciudad “mayor y mejor que la Nueva España”⁵⁴, y pronto hacen saber al fraile francés que han tenido “rrelaçion de la mayor cosa del mundo”: a treinta jornadas de distancia se alzan “siette çiudades muy grandes”, la primera de las cuales “se dize Çivola”⁵⁵.

A partir de ese momento, los testimonios de los indígenas acerca de las Siete Ciudades se repiten a lo largo de la relación de Marcos de Niza. Se habla de *Cíbola* como una gran ciudad con casas de piedra y cal de hasta diez pisos y con turquesas empotradas en sus puertas, y se menciona el nombre de *Ahacus*, la “más principal” de las siete⁵⁶. El fraile llega incluso a afirmar que en aquellas tierras “avia tanta notiçia de Çivola commo en la Nueba España de Mexico y en el Peru del Cuzco”⁵⁷. La comparación no es un detalle menor: tras largos meses de asedio, la ciudad de México había sido subyugada por Hernán Cortés la mañana del 13 de agosto de 1521; el 16 de noviembre de 1532,

⁵³ Niza (2013), *op. cit.*, p. 85.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 85.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 85. Este es el primer testimonio histórico sobre la legendaria ciudad de *Cibola* o *Cíbola*. Se trata posiblemente de uno de los tantos pueblos zuni de la región, tal vez Hawikuh o Kiakima. En lo que refiere a la etimología del nombre, no hay acuerdo entre los especialistas, pero podría ser la deformación de algún vocablo en una lengua local (tal vez *shi'wona*, el nombre tribal con el que se identificaban los zunis). Cf. la nota de J. R. Craddock, *ibid.*, pp. 106-107.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 89.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 87-88.

Francisco Pizarro captura al rey Atahualpa, emperador de los Incas. La esperanza de encontrar una tercera gran ciudad, semejante en sus dimensiones, su cantidad de habitantes, su cultura y sus riquezas a México, capital del imperio de la Triple Alianza, o Cuzco, ombligo del Tahuantinsuyo, es sin duda una de las causas del renacimiento de la leyenda de las Siete Ciudades en América Septentrional.

Marcos de Niza sigue adelante junto a su séquito indígena y algunos días más tarde se topa con otro de los mensajeros de Estebanico, quien le trae malas noticias: el africano ha desaparecido tras un ataque de los habitantes de Cíbola (posiblemente alguna de las tantas comunidades zuni de la región). Sin mayores novedades de su compañero, al que nunca más volverá a ver, el fraile francés decide acercarse a la ciudad, pero no se atreve a adentrarse en ella. Según refiere en su relación, alcanza solamente a verla desde lejos y afirma:

está asentada en un llano a la falda de un çerro rredondo. Tiene muy hermoso paresçer de pueblo, el mejor que en estas parttes yo he bisto. Son las casas por la manera que los yndios me dixeron, todas de piedra con sus sobrados y açuteas, a lo que me pareçio desde un çerro donde me puse a vella. La poblaçion es mayor que la çibdad de Mexico.⁵⁸

En sus *Naufragios* y en los demás testimonios que se han conservado, Cabeza de Vaca no hace una sola mención de las Siete Ciudades. ¿Es Marcos de Niza el responsable del renacer de esta leyenda medieval en el continente americano? Pedro Castañeda de Nájera, uno de los hombres que acompañaría a Francisco Vázquez de Coronado en su expedición a la Tierra Nueva (1540-1542), afirma que en el año 1530, Nuño de Guzmán, entonces presidente de la Audiencia Real de la Nueva España, tenía en su poder un “indio natural del valle o valles de Oxitipar” llamado Tejo. Este indígena, que decía ser hijo de un mercader que solía viajar “tierra adentro” para intercambiar plumas de aves por “muchas cantidad de oro y plata que en aquella tierra lo ay mucho”, afirmaba que había acompañado a su padre en una o dos oportunidades y aseguraba que, a cuarenta días de marcha, había visto con sus propios ojos “siete

⁵⁸ *Ibid.*, p. 85.

pueblos muy grandes donde auía calles de platería”⁵⁹. No podemos confirmar la veracidad de este testimonio, pero sabemos con certitud que Nuño de Guzmán conocía los relatos nahuas que hablaban de grandes ciudades septentrionales: en 1530, en una carta dirigida al emperador Carlos V, le informa que planea encabezar una expedición para partir en búsqueda de la “provincia de Aztatlán”⁶⁰.

La expedición de Marcos de Niza había sido insuficiente en términos materiales: más allá de algunas turquesas o cueros de búfalo, el fraile francés volvía ante el virrey con las manos vacías. Para redactar una relación que justificara su expedición y le valiera alguna merced de parte de la Corona, no tenía otra opción que recurrir a la exageración. No nos interesa estudiar en este trabajo si, en el plano histórico, se acercó efectivamente a uno de los tantos pueblos zuni de casas de piedra y adobe o si inventó completamente su hiperbólica descripción. Tampoco nos parece importante saber si verdaderamente recogió a lo largo de su camino los testimonios de los indígenas, como afirma en su crónica, o si nuevamente se trata de una ficción narrativa⁶¹. Lo que nos interesa presentar en este artículo es la manera en la que una leyenda ibérica medieval adopta ciertos elementos americanos y revive en el siglo XVI, más allá de los confines septentrionales del virreinato de Nueva España⁶².

⁵⁹ Castañeda de Nájera, Pedro: «Relacion de la Jornada de Cibola», en Parker Winship (1896), *op. cit.*, pp. 416-417.

⁶⁰ «Carta a Su Magestad del Presidente de la Audiencia de Méjico, Nuño de Guzman, en que refiere la jornada que hizo a Mechuacán, a conquistar la provincia de los Tebles-Chichimecas, que confina con Nueva España (8 de julio de 1530)», en *Colección de documentos...* (1870), *op. cit.*, tomo XIII, p. 391: “Iré a la provincia de Astatlan, que dicen que es cosa muy grande y de mucha gente que me espera de guerra, que está de aquí tres jornadas, y de allí, mediante su gracia, iré en busca de las amazonas que me dicen están diez jornadas”.

⁶¹ Como afirma Jean-Pierre Sanchez, es muy probable que el número siete tuviera también cierta importancia entre las comunidades indígenas de Nuevo México. Sabemos, por ejemplo, que los zunis se dividían en siete grupos o hermandades, divididos en dieciséis clanes. Cf. Sanchez, Jean-Pierre: *Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 1996, cap. XXIII, y Webb Hodge, Frederick: *Handbook of American Indians, North of Mexico*. Washington: Government Printing Office, 1979, vol. II, p. 1018.

⁶² La bibliografía norteamericana sobre el viaje de Marcos de Niza desde un punto de vista histórico, antropológico y arqueológico, intentando recrear el itinerario y los pueblos indígenas a los cuales habría llegado, es abundante. Cf. la bibliografía en la edición de Niza (2013), *op. cit.*, pp. 115-118.

Hemos visto cómo circulaban entre los españoles relatos acerca de las Siete Cuevas de los nahuas y una leyenda europea que hablaba de Siete Ciudades fundadas por obispos portugueses en el siglo VIII. No sabemos hasta qué punto ni con qué lujo de detalles Marcos de Niza conocía las historias sobre la isla de Antilia y Chicomóztoc, o los testimonios del supuesto esclavo de Nuño de Guzmán llamado Tejo. Pero lo cierto es que, en su *Relación*, el fraile francés logra fundir una leyenda ibérica medieval con una leyenda mesoamericana del periodo posclásico y hace renacer la esperanza de encontrar un nuevo gran imperio como el de la Triple Alianza. Jerónimo Ximénez de San Esteban, sacerdote en la capital del virreinato por aquellos días, afirma:

De la riqueza de la tierra no escribo, porque [fray Marcos] dice tanto que no parece creíble; esto me dijo el mismo fraile, que vio templo de sus ídolos, que dentro y fuera tenía cubiertas las paredes de piedras preciosas; pienso me dijo esmeraldas. También dicen que en la tierra más adentro hay camellos y elefantes.⁶³

Tras el regreso de Marcos de Niza, la ciudad de Cíbola adquiere características maravillosas y al parecer, en México, ya no se habla de otra cosa⁶⁴.

⁶³ «Carta de fray Jerónimo Ximénez de San Esteban a Santo Tomás de Villanueva (Acapichtla, 9 de Octubre de 1539)», en *Cartas de religiosos de Nueva España, 1539-1594*. México: Andrada y Morález, 1886, pp. 194-195.

⁶⁴ Parker Winship (1896), *op. cit.*, p. 364. La decepción, sin embargo, llegará pronto. Luego del regreso de Marcos de Niza, Antonio de Mendoza decide enviar a la Tierra Nueva a Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de Nueva Galicia, en búsqueda de Cíbola y las Siete Ciudades. Algunos meses más tarde, en una carta al virrey, Coronado no oculta su desilusión: "No había oro ni otro metal en toda aquella tierra; y las demás, de que me dieron relación, no son sino pueblos pequeños; y en muchos dellos no siembran ni tienen casa, sino que andan mudándose con las vacas"; y más adelante: "[...] porque desde que llegué á la provincia de Cibola, á donde el Visorey de la Nueva España me envió en nombre de V. M., visto que no había ninguna cosa de las que Fr. Márcos dijo, he procurado descubrir esta tierra, docientas leguas y mas a la redonda de Cibola, y lo mejor que he hallado es este río de Tiguex en que estoy y las poblaciones del, que no son para poderlas poblar [...]": *Colección de documentos inéditos...* (1870), *op. cit.*, tomo III, p. 367-368.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José de: *Historia natural y moral de las Indias*, ed. de Fermín del Pino Díaz. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- Anglería, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*, ed. de Ramón Alba. Madrid: Polifemo, 1989.
- Babcock, William Henry: *Legendary Islands of the Atlantic. A Study in Medieval Geography*. New York: American Geographical Society, 1922, pp. 34-39.
- «Antillia and the Antilles», *Geographical Review*, IX, 2 (1920), pp. 109-124.
- Cabeza de Vaca, Álgvar Núñez: *Naufragios*, ed. de Eloísa Gómez-Lucena y Rubén Caba. Madrid: Cátedra, 2018.
- Cartas de religiosos de Nueva España, 1539-1594*. México: Andrada y Morález, 1886.
- Casas, Bartolomé de las: *Historia de las Indias*, ed. de André Saint-Lu. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986.
- Castillo, Cristóbal del: *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la conquista*, ed. de Federico Navarrete Linares. México: Conaculta, 2001.
- Chimalpáhin, Domingo: *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, ed. de Rafael Tena. México: Conaculta, 2003.
- Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del reino, y muy especialmente del de Indias*, ed. de Joaquín F. Pacheco y Francisco de Cárdenas. Madrid: Imprenta de José María Pérez, 1864-1884, vols. III, XIII y XIV.
- Colón, Hernando: *Historia del Almirante*. Madrid: Historia 16, 1985.
- Crone, Gerald Roe: «The Origin of the Name Antillia», *The Geographical Journal*, XCI, 3 (marzo 1938), pp. 260-262.
- Durán, Diego: *Historia de las Indias de Nueva España y Tierra Firme*, ed. de José Fernando Ramírez. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1867.
- Duverger, Christophe: *L'origine des Aztèques*. Paris: Seuil, 2003.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*, ed. de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Atlas, 1959.
- Gandía, Enrique de: *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Buenos Aires: Juan Roldán y Compañía, 1929.
- García Gual, Carlos: *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid: Alianza, 1989.

- Gil, Juan: *Mitos y utopías del descubrimiento: I. Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.
- Gruzinski, Serge: *La machine à remonter le temps. Quand l'Europe s'est mise à écrire l'histoire du monde*. Paris: Fayard, 2017.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de: *Historia General de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano*. Madrid: Imprenta real de Nicolás Rodríguez Franco, 1726-1730.
- Humboldt, Alexander von: *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique au XVe et XVIe siècles. Tome II*. Paris: Librairie de Gide, 1836.
- Krickeberg, Walter: *Las antiguas culturas mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Libera, Alain de: *La philosophie médiévale*. Paris: Presses Universitaires de France, 2014.
- López de Gómara, Francisco: *Historia General de las Indias*, ed. de Jorge Gurria Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Niza, Marcos de: *Relación*, ed. de Jerry R. Craddock. Berkeley: UC Berkeley, Research Center for Romance Studies, 2013.
- Parker Winship, George: *The Coronado Expedition, 1540-1542, Extract from the Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology*. Washington: Government Printing Office, 1896.
- Platón: *Diálogos*, vol. IV: *República*, ed. de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 1988.
- *Diálogos*, vol. VI: *Filebo, Timeo, Critias*, ed. de María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992.
- Ravenstein, Ernest George: *Martin Behaim, his Life and his Globe*. London: George Philip and Son, 1908.
- Sahagún, Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. de Juan Carlos Temprano. Madrid: Historia 16, 1990.
- Sanchez, Jean-Pierre: *Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 1996.
- Solís, Antonio de: *Historia de la conquista de Méjico, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*. Madrid: Imprenta de Blas Román, 1776.
- Tezozómoc, Fernando Alvarado: *Crónica mexicáyotl*, ed. de Adrián León México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones históricas, 1998.
- Vidal-Naquet, Pierre: *L'Atlantide. Petite histoire d'un mythe platonicien*. Paris: Seuil, Points, Essais, 2007.

Webb Hodge, Frederick: *Handbook of American Indians, North of Mexico*.
Washington: Government Printing Office, 1979, vol. II.

